



LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS



De la serie *Punctum*, de Luis Gustavo Enríquez Miranda
Escuela Nacional de Artes Plásticas, UNAM

EDITORIAL	7
DEL ÁRBOL GENEALÓGICO	9
Seis grabados / Rafael Barajas <i>El Fisgón</i>	
Parusía / Alejandro Espinosa Gaona	14
Altamar / Elisa Corona Aguilar	15
Autobiografía de la piel / Paula Ivette Ávila Rodríguez	21
CONCURSO 36 DE PUNTO DE PARTIDA	29
TERCERA ENTREGA	
El extraño caso de Martha (cuento) / Édgar Omar Avilés Martínez	30
Punctum (fotografía) / Luis Gustavo Enríquez Miranda	38
Clytie, de Eudora Welty (traducción) / Martha Angélica Pérez Isunza	44
Convocatoria al Concurso 37 de <i>Punto de partida</i>	53
Hacer de tripas corazón: la tierra, el amor y la mujer en la narrativa regionalista de Agustín Yáñez / Rodrigo Martínez Martínez	54
EL RESEÑARIO	
El imperio silencioso de Luigi Amara / Christian Barragán	62

UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO

Juan Ramón de la Fuente
Rector

Gerardo Estrada
Coordinador de Difusión Cultural

Gerardo Kleinburg
Director de Literatura



LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

Número 133, septiembre-octubre 2005

Edición: Carmina Estrada
Asistencia: Rodrigo Martínez
Asistencia secretarial: Lucina Huerta

Diseño original: Rafael Olvera
Diseño de este número: María Luisa Martínez Passarge
Ilustración: Taller coordinado por Santiago Ortega
Fotografía de portada: De la serie *Punctum*, de
Luis Gustavo Enríquez Miranda
Impresión: Imprenta de Juan Pablos S.A.

La responsabilidad de los textos publicados en *Punto de partida* recae exclusivamente en sus autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución.

Punto de partida es una publicación de la Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la Universidad Nacional Autónoma de México. ISSN: 0188-381X. Certificado de licitud de título: 5851. Certificado de licitud de contenido: 4524. Reserva de derechos: 04-2002-032014425200-102.

Dirigir correspondencia y colaboraciones a *Punto de partida*, Dirección de Literatura, Zona Administrativa Exterior, Edificio C, primer piso, Ciudad Universitaria, Coyoacán, México, D.F., 04510.

Tel.: 56 22 62 01

Fax: 56 22 62 43

correo electrónico: partidar@servidor.unam.mx

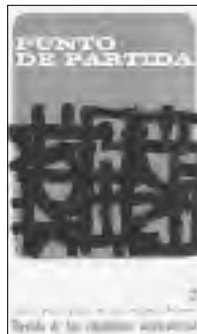
cestrada@correo.unam.mx

El Árbol Genealógico de *Punto de partida*, sección que abre cada número, ha estado dedicado desde su aparición casi exclusivamente al quehacer literario. Esta vez presentamos el trabajo gráfico de un artista que en 1976 recibiera la segunda mención en el concurso convocado por la revista: Rafael Barajas, *El Fisgón*, quien generosamente nos permite reproducir aquí seis grabados suyos que estamos seguros serán una grata sorpresa para nuestros lectores.

Incluimos también otra entrega de ganadores del Concurso 36 de *Punto de partida*: “El extraño caso de Martha”, relato delirante y por demás divertido de Édgar Avilés; la serie fotográfica “Punctum”, de Luis Gustavo Enríquez, y “Clytie”, impecable traducción del relato homónimo de la escritora estadounidense Eudora Welty, hecha por Martha Pérez Isunza.

El número se complementa con varias colaboraciones notables: un cuento breve de Alejandro Espinosa; la poesía de Elisa Corona, y una serie gráfica de Paula Ivette Ávila, ganadora de mención en el concurso 35 y que, por razones de espacio, publicamos hasta hoy. Presentamos además un ensayo de Rodrigo Martínez sobre la narrativa del jalisciense Agustín Yáñez, y una reseña de Christian Barragán sobre la obra del poeta Luigi Amara.

Aprovechamos también para anunciar nuestra nueva convocatoria, que ha sido modificada este año. Así, con base en la respuesta de los estudiantes en emisiones pasadas, hemos decidido eliminar o complementar algunas categorías e incrementar el número de premios. Los invitamos a participar con nosotros en el Concurso 37 de *Punto de partida*, cuyas bases aparecen en estas páginas. ●



Seis grabados

Rafael Barajas *El Fisgón*



El viaje

pp. 9-11: de *El exilio catalán en México*, Rosa María Durán Gili, *Cuentagotas*, diciembre de 2002; edición artesanal de 50 ejemplares grabados e impresos a mano.

Exiliado





Franco



Al andar

pp. 12-13: de *La Divina Commedia dell'Arte*, de Rocío Echevarría Román, estampas originales de *El Fisgón*, impresas por el maestro José S. Aranda Cruz, Editorial Alejandra, 2000; cien ejemplares, numerados y dedicados.

Pulcinella



Rafael Barajas *El Fisgón* (1 de enero de 1956) es arquitecto, artista plástico, caricaturista, historietista e ilustrador. Ha colaborado en los diarios *Unomásuno* (1981-1984) y *La Jornada* (1984 a la fecha), así como en las revistas *Nacla* y *Vientos del sur*. También ha ilustrado las portadas de diversas publicaciones, como *Nexos* (1984-1986) y *Motivos* (1992-1993). En 1994 fundó, dirigió y participó en la publicación de humor político *El chahuistle*, y en 1997 hizo lo mismo con *El chamuco*. *El Fisgón*, quien también se desempeña como ensayista en materia de historia del arte y caricatura en México, ha recibido el Premio Manuel Buendía de Periodismo Joven (1987), el Premio Constantino Escalante del Club de Periodistas (1997) y el Premio Nacional de Periodismo (1999). Ha publicado los libros de caricatura



Arlecchina

Sobras escogidas (1986), *Me lleva el TLC* (1993), *El sexenio me da risa* (1994), *Cómo sobrevivir al neoliberalismo sin dejar de ser mexicano* (1996), *El sexenio me da pena* (2000), entre otros, y la investigación *La historia de un país en caricatura. Caricatura mexicana de combate 1829-1972*, editado por Conaculta en el año 2000. Ha expuesto obra pictórica en importantes museos de México y el extranjero. Recientemente concluyó su libro *Posada mito y mitote. La caricatura política de José Guadalupe Posada y Manuel Alfonso Manilla*, con el apoyo de la Fundación Guggenheim, de la que fue becario en 2003-2004. En 1976 ganó la Segunda Mención Honorífica en Viñeta de *Punto de partida*.

Parusía

Alejandro Espinosa Gaona

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, UNAM

Y Dios, aburrido, le dijo a todos los ángeles en el cielo, hoy es el día. Y los ángeles revolotearon y se precipitaron para preparar todo. El escenario lucía impecable, la gran alfombra roja se extendía por todo el desierto del Sinaí. La humanidad estaba enterada, cada señal había sido cumplida con tanta precisión y gran maestría. El Apocalipsis sería una obra de arte brutal. Dios se ajustó sus mejores vestidos, iba desnudo, guiñó el ojo izquierdo a Lucifer y luego le dio un tirón de cola.

El cielo se tornó carmesí, luego como un gran ojo de luz Dios y todo su séquito, ángeles y secuaces, descendieron. No pudo sentir lástima de sí por no experimentar la sensación de vértigo que acompaña al descenso. Aterrizaron sobre la alfombra roja, el humo se disipó y no vieron a nadie, ni un alma, nada.

Desconcertados giraron sobre sí como giroscopios delirantes. Dios abofeteó a cuanto ángel pudo. Tomó el revólver de cristal con el que destruiría la muerte y dijo: hoy liberaría al hombre hasta de su liberación como tenía que haber sido desde el principio, como lo había pensado. El revólver, trémulo, en su sien vaciló, un ángel que venía de con los hombres al oído le susurró: Sucede, Padre Todopoderoso, que hoy hay fútbol.



Dibujo de Francisco de Anda (ENAP, UNAM)

Altamar

Elisa Corona Aguilar

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, UNAM



La Tierra Sagrada me vomita.

Mi ataúd se levanta con el nuevo diluvio,
carabela renacida.

Mis pulmones se hinchan como velas con el aire húmedo, fétido.

Cruces y lápidas se hunden, dejándonos a la embestida del Cielo.

Navego con todos los cuerpos de la resurrección
sobre escombros de ciudades y siluetas paganas.

Lluvia cristera. Rosario de calaveras.

Mar Muerto.

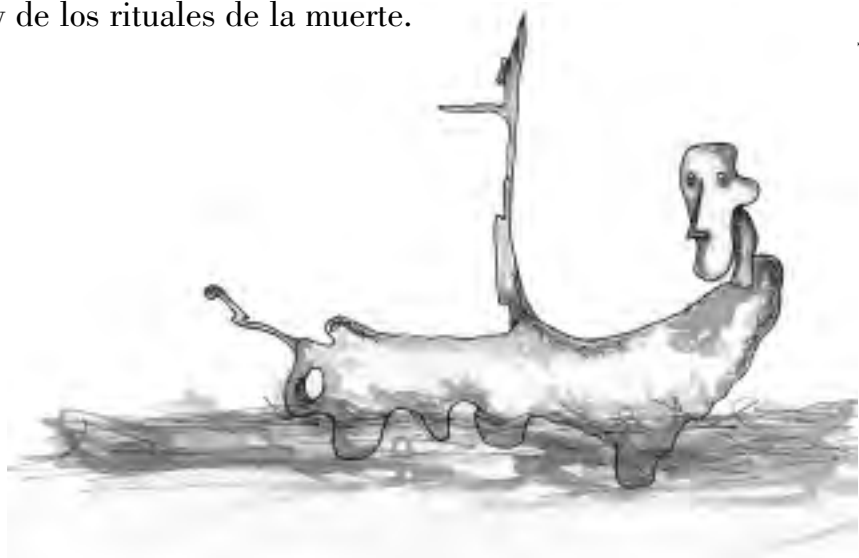
Pero las aguas me separan cada vez más de los vacíos familiares del corazón.

Y lo que temo no es el naufragio perpetuo, sino la sequía,

la baja de los mares que me dejará abandonada en un paraíso remoto,

sola, alejada de la vida y de los rituales de la muerte.

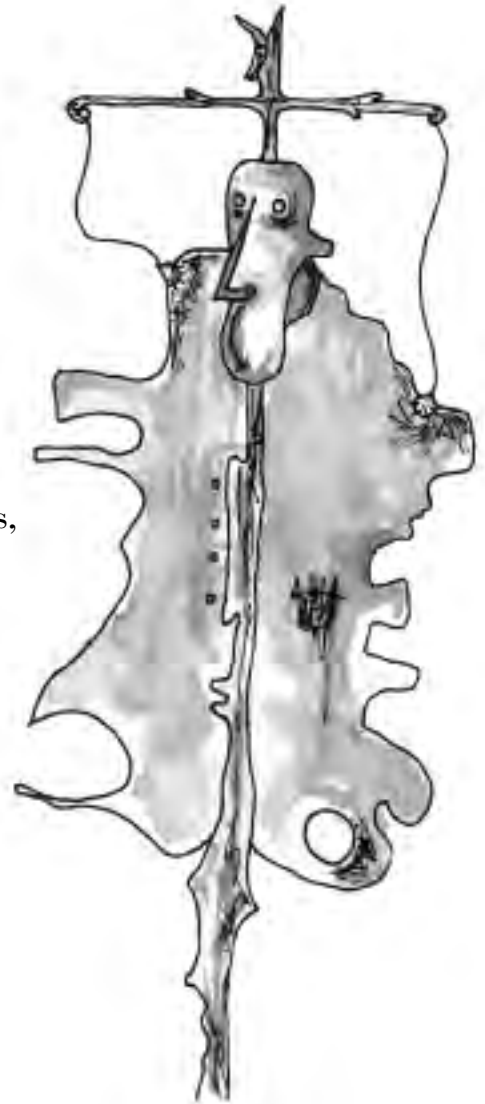
Poemas reconocidos con la mención honorífica del Premio José Emilio Pacheco, otorgado por la Universidad Veracruzana. El jurado estuvo integrado por David Huerta, Coral Bracho y Tedi López Mills.



Dibujos de Édgar Garcilazo, Tec de Monterrey,
campus Ciudad de México

Cortinas

Las cortinas se enredan en los sueños como crisálidas,
me dicen qué hacer para dormir y para sentir
el afuera y el adentro
y vivir el viento y el polvo que las percude.
Las cortinas se alimentan de imágenes atractivas,
de alientos amargos que llegan a mi fachada.
Crecen como las uñas
y dan el efecto de haber alargado la ventana,
y atrapan todo lo que pasa
y me lo muestran en sueños
y a mí se me olvidan en la mañana.



Bar

En mi noche de asfalto y techos concretos
no hay cielo nublado ni lluvia, no hay luna rojiza
ni vientos que den nostalgia.

Pero hay humo enjaulado y techo cobrizo
y más humo cenizo
saliendo de bocas enamoradas y enfermas
pero sin amor.

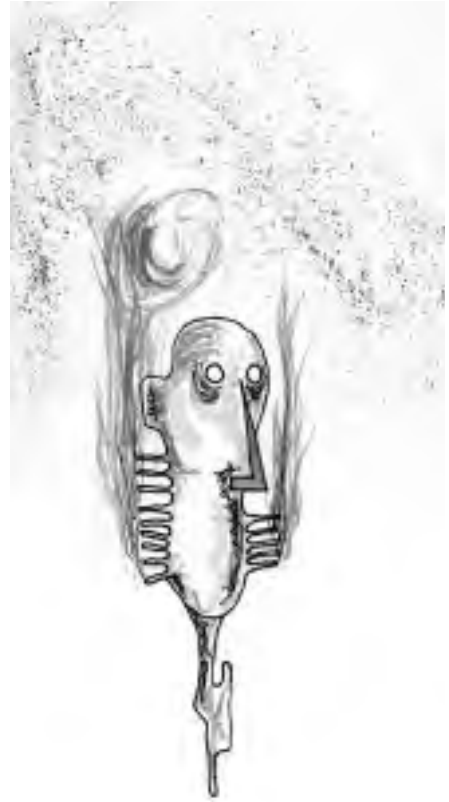
Solo y borracho no se puede decidir nada más que seguir solo y emborrachándose,
No puede uno decidir salir a la verdadera noche
de calles húmedas y de novios besándose en las esquinas.

No se puede dejar el mareo de dieciocho colillas
y seis tarros y el solo de Charlie Parker,
y los otros seis tarros de lágrimas
y las sombras de los demás borrachos
que nadie espera en casa.

Y faltan minutos para el cierre
y nadie grita *hurry up, please, it's time,*

Pero los meseros te traen la cuenta
y te muestran sus perpetuas ojeras

Y los bancos no se sostienen ya de tanto sueño



y los voltean patas arriba como cucarachas muertas.
Cierran cortinas de fierro y apagan luces
y la noche parece decir que será amable
y que no será tan noche para que puedas volver a casa,
tropezando entre las siluetas de los fantasmas peatones.
Y el cielo se pondrá de un color azul neutro y sin estrellas
para que duerma el desamor.

Wait to sleep

Cuando me acuesto en la noche,
comienzo por tirar de la cama los últimos residuos del día.
Veó el techo, la pared, la ventana.
Me lavo los ojos con el vacío y el oscuro del aire.
Dejo caer mis párpados:
para que la obra empiece, el telón se cierra en vez de abrirse.
Entonces juego a ser Saussure,
a escribir la palabra rosa y hacer aparecer la rosa,
a escribir árbol y hacer aparecer, arriba de la palabra, línea por línea, el árbol.
Mesa, silla, puerta.
Cuando estoy segura de dominar el juego, complico el signo:
cuarto, edificio, ciudad.
Y en la ciudad un edificio
y en el edificio un cuarto
y en el cuarto yo.



Zoom.

Pero cuando intento escribir tu nombre,
las letras se salen del molde,
las líneas se enredan
y no puedo empezar ni con el óvalo de tu cara,
mucho menos con el camino blanco de tus dientes
o con los innumerables enredos de tu cabello.
Me hacen cosquillas los acentos de tus cejas
y la mera intuición de tus ojos vocales
me distrae de tus demás complicaciones lingüísticas.
Entonces tomo un descanso,
suspiro
y al final
me quedo dormido.



Extraño *déjà vu*

Así como las emociones pasadas pueden volver a nosotros,
desencadenadas por un signo imprevisto,
las emociones futuras escapan a veces de la caja secreta y vienen al presente.

Llamas por teléfono. Estás triste.

Yo no, pero tu voz y el sonido de sirenas en la calle me hacen llorar.

Y siento de pronto el asfalto,
la angustia de lo anticipado.

Velocidad, vértigo de advertencias,
olor a niebla, a lluvia, a llanta desenfundada,
olor a flores y a ceremonias inconclusas.

Soledad de ti todavía contigo.

Muerte compartida.

Retrato.

Suspiro.

Esto todavía no lo he vivido.

Aún estás en el teléfono,
pero ya comienzas a morir y mi garganta ya está de luto.

Emociones sin brújula, lágrimas sin calendario.

Nuestra amistad y sus anacronías.

Autobiografía de la piel

Paula Ivette Ávila Rodríguez
ESCUELA NACIONAL DE ARTES PLÁSTICAS, UNAM



I. Prefacio



II. Ser de piel



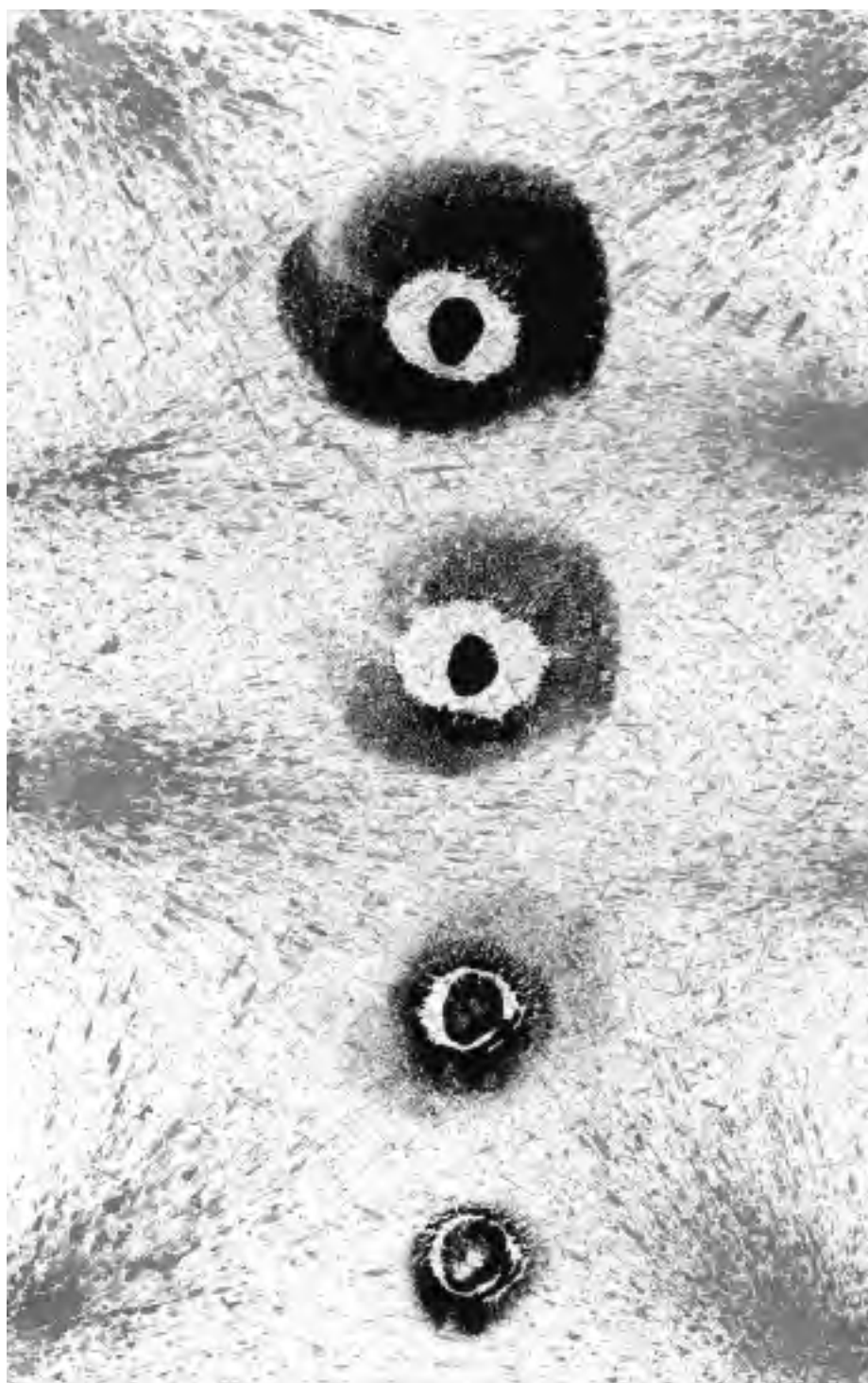
III. Encuentro



IV. Huellas de recuerdos



V. Memoria táctil



VI. Ideas



VII. Piel-frontera

CRÓNICA

PREMIO

Memorial de la memoria: sobre una fiscal del fútbol mexicano
 Rodrigo Martínez Martínez
 Facultad de Ciencias Políticas y Sociales UNAM

MENCIONES

Colores de mis recuerdos
 Norma Irene Aguilar Hernández
 Facultad de Ciencias Políticas y Sociales UNAM

El pedo de (mi) todos los tiempos
 Juan Antonio González Acevedo
 Facultad de Ciencias Políticas y Sociales UNAM

Jurado: Josefina Estrada, Emiliano Pérez Cruz

CUENTO

PREMIO

Pedro Bartolomé
 Cecilia Alberta López Navarrete
 Facultad de Filosofía y Letras UNAM

MENCIONES

El extraño caso de Martha
 Edgar Omar Avilés Martínez
 UNAM Iztacalpan

Vacias
 Linares Anzor Medellín
 Teología de Montemorelos campus Cuernavaca

Desde alguien duermes
 Gustavo Antonio González Román
 Facultad de Filosofía y Letras UNAM

Jurado: Edgardo Antonio Riera, Alvarado Gómez, Abundio Molina

CUENTO BREVE

PREMIO

El otro persecutor
 Ulricio Reynoso Churruarín
 Facultad de Filosofía y Letras UNAM

MENCIÓN

Novela negra
 Rubén Matías García
 Facultad de Filosofía y Letras UNAM

Jurado: Mónica Iván, Verónica Alvarado, Víctor Cabred

ENSAYO

PREMIO

De la tecnología, el arte y el dolor de los demás
 Elisa Corona Aguilar
 Facultad de Filosofía y Letras UNAM

MENCIÓN

La responsabilidad del escritor: Roberto Bolaño y Sergio Palá
 Guillermo López Muñoz
 Universidad Panamericana

Jurado: Vivian Abenizuhua, Emma Griebner

FOTOGRAFÍA

PREMIO

Un lugar sin límites, pasión y su gente
 Adrián Hernández González
 Facultad de Ciencias Políticas y Sociales UNAM

MENCIONES

Anécdota puntual
 Lucía Salgado Vázquez
 Facultad de Estudios Superiores Zaragoza UNAM

Logros de amor
 Néstor David Cervantes
 Escuela Nacional de Artes Plásticas UNAM

Imagen concebida por el vehículo de la memoria

Sergio Noel Rojas Fernández
 Escuela Nacional de Artes Plásticas UNAM

Poesía

José Gustavo Enriquez Miranda
 Escuela Nacional de Artes Plásticas UNAM

Sonidos en la oscuridad

Esteban López Jiménez
 Escuela Nacional de Artes Plásticas UNAM

Jurado: Javier Hinojosa, Francisco Kochen

FRAGMENTO DE NOVELA

PREMIO

Sucedió un martes
 Alejandra Vázquez del Mercado Hernández
 Universidad Panamericana

MENCIONES

Del sagrado corazón y del pensamiento involucrado
 José Luis Santillán Ortega
 Facultad de Filosofía y Letras UNAM

Tiempo muerto
 Iván Chavarría Solís
 Escuela Superior de Música UNAM

Jurado: Bernardo Ruiz, Gustavo Solís

POESÍA

PREMIO

Mirada al
 Alondra Antonia Ayala Ochoa
 Facultad de Filosofía y Letras UNAM

MENCIÓN

Poesías conjeturas y apócrifas
 Iván Cruz Osorio
 Facultad de Filosofía y Letras UNAM

Jurado: Edgardo Hunkeler, María Elvira, Julián Arriaga

TEATRO

PREMIO

El grillo
 Adán Francisco Martínez Orta
 UNAM Iztacalpan

Jurado: Karem Escobedo, Yvonne Flores de la Torre

TRADUCCIÓN LITERARIA

PREMIO

Cyria
 Martha Angélica Pérez Huante
 Facultad de Filosofía y Letras UNAM

Jurado: Mónica Medina, Mónica Fa

MINUTA

PREMIO

México antiguo
 Nieves Arellano Velasco Vela
 Facultad de Filosofía y Letras UNAM

MENCIONES

Ventanas y cuerpos
 Gabriel Vázquez Díaz
 Universidad de Quintana Roo

Por palpitar
 Manuel Díaz Rayón
 Escuela Nacional de Artes Plásticas UNAM

Jurado: Sol Guzmán, Santiago Ortega



UNAM





Concurso 36

Tercera entrega

El extraño caso de Martha / Mención en cuento

Édgar Omar Avilés Martínez, Comunicación Social

UAM-Xochimilco

Jurado: Anamari Gomís, Eduardo Antonio Parra, Mauricio Molina

Punctum / Mención en fotografía

Luis Gustavo Enríquez Miranda, maestría en Artes Visuales

Escuela Nacional de Artes Plásticas, UNAM

Jurado: Javier Hinojosa, Francisco Kochen

Clytie / Premio en traducción literaria

Martha Angélica Pérez Isunza, Lengua y Literatura Modernas (Inglesas)

Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Jurado: Mónica Mansour, Marina Fe

El extraño caso de Martha

Édgar Omar Avilés Martínez

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA-XXCHIMILCO

A Martha le gustaba masturbarse con vegetales. Su primera experiencia fue a los nueve años: por descuido, su entrepierna rozó con un plátano que colgaba de las mesas de un supermercado.

—Esta niña parece chango, le compro más de dos kilos de plátano a la semana —dijo su madre a una vecina; las tres rieron.

A los diez años descubrió que las azarosas formas de las zanahorias proporcionaban más placer.

—Las zanahorias grandes tienen mejor sabor —le decía su madre. Martha al escogerlas las apretaba y se imaginaba recostada en la cama, con la pantaleta en los tobillos, su mano derecha empuñando la zanahoria y los dedos cordial e índice de la izquierda abriendo su sexo.

Los tomates eran un entremés: “De vez en cuando es bueno variarle”, se decía; con éstos sólo se frotaba. El proceso para sacar vegetales de la despensa y llevarlos a su recámara era sencillo: esperaba a que todos se durmieran, lavaba lo que fuera a utilizar y se dirigía a su habitación, con la entrepierna ya bastante húmeda.

A los doce años descubrió los pepinos.

Dibujos de Said Dokins (ENAP, UNAM)





En casa sacudía los muebles e iba por las tortillas, en la escuela sus calificaciones eran aceptables. Martha no era bonita, pero tampoco fea; más de algún chico en la secundaria la cortejaba, pero ella los alejaba usando todos los insultos que conocía: les tenía asco.

A los trece años vio en el supermercado un extraño fruto de color amarillo-naranja, con el ancho en forma de estrella. Tiró de la blusa de su madre y lo señaló. Sus pequeños pezones estaban ya erectos.

—Llévame un kilo de, ¿cómo se llama esa cosa, mamá?... , por favor.

—Carambola, así se llama, pero cuesta mucho. Escoge una grande o dos medianas.

Fue una decepción, la gran carambola no superó a los pepinos. Ya lo había intentado con tantas cosas: nabos, apios, coles de Bruselas, elotes, lechugas orejonas, chiles habaneros, limones, calabacitas y, por supuesto, con zanahorias, plátanos, jitomates y carambolas. Por su mente alguna vez se deslizó la idea de utilizar una salchicha o una pierna de pollo, pero a los pocos segundos escupió asqueada de imaginar algún producto animal adentro de su cuerpo. El pepino era lo mejor para ella; su consistencia, superficie, forma, longitud y grosor le resultaban insuperables.

Su afición se convirtió en apego y en más de una ocasión sufrió al ver un excelente espécimen de pepino en su ensalada. Pero se tragaba las lágrimas y los comía con una falsa sonrisa, de otra forma su madre dejaría de comprarlos.

—¿Por qué estás tan triste, hija? ¿Te pasó algo en la escuela?

—Sí, mami, saqué un siete —contestó cierta vez sin parar de masticar.

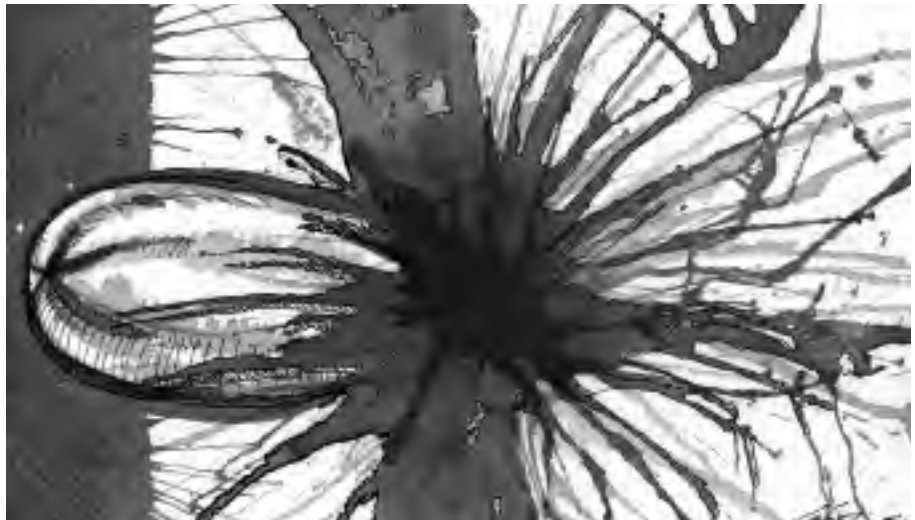
A los quince años las hormonas bombardeaban su cuerpo; necesitaba intimar por más tiempo en sus relaciones. Fue por eso que escogió un enorme pepino e hizo uso de él durante más de dos semanas: en el día antes de cada alimento, y por la noche, lo dejaba introducido en su vagina. Al decimosexto día el color del vegetal era verde-café. “Aún me duras otra semana”, pensó esa noche y siguió utilizándolo, hasta que cinco días después reventó adentro de ella. El gran pujido de placer no se hizo esperar. Sus padres se levantaron y asustados golpearon a su puerta, forzándola para que se abriera; al no conseguirlo le gritaron angustiados:

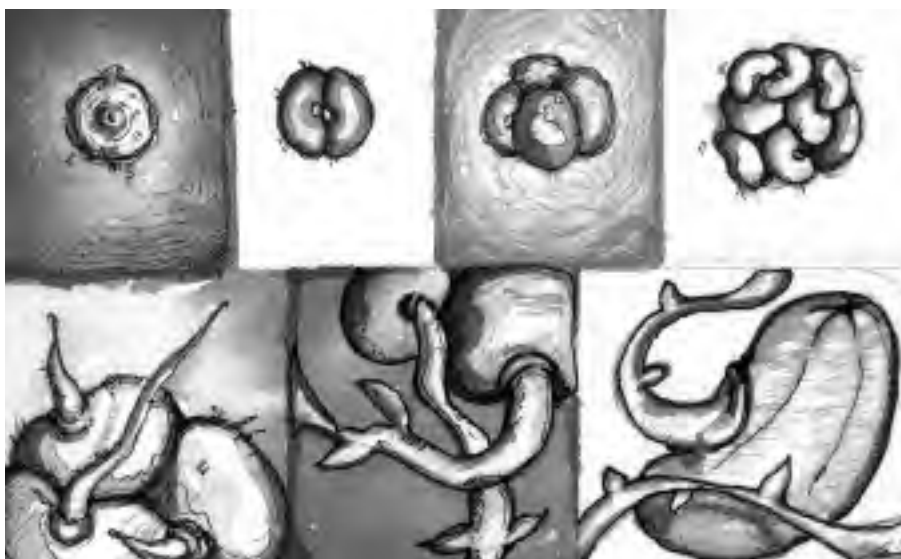
—¿Qué tienes, cariño?

—¿Estás bien, primor? ¡Ábrenos!

—Estoy bien..., gracias —contestó Martha, con los ojos aún entornados en blanco—, fue sólo una pesadilla...

—¿Estás segura? —preguntó su madre, extrañada por aquella voz entrecortada.





Sí, ya duérmanse... Buenas noches —finalizó desdenosa. Sus muslos se estre-
mecían.

Martha continuó intimando con otros pepinos, hasta el fatídico y placentero de-
senlace.

A los diecisiete años sus amigas tenían novio, iban a bailar y al cine. Ella no. “Eso
no es para mí”, les decía. Precisamente por esto todos se extrañaron cuando acon-
teció el milagro. Martha también se asombró. Ya llevaba dos meses sin menstruar
y esto era raro, pues solía ser muy regular. Así, su madre notaba que desde hacía
tiempo en el bote de basura faltaban toallas femeninas manchadas... Y Martha te-
nía náuseas a cada rato.

—¡Cómo pudiste hacernos esto! —gritó fúrica su madre.

—¿Qué hicimos mal? ¡Quién fue el desgraciado! —inquirió bastante indignado
el padre.

Nadie..., en verdad nadie. No sé qué me pasa —contestó con las mejillas lava-
das en llanto—, debe ser un... un embarazo psicológico —dijo, recordando haber
visto aquello en un programa de televisión—. ¡De verdad que no hice nada!

Al día siguiente el ultrasonido confirmó que no era psicológico.

—Desde mañana dejas de ir a la escuela, no quiero que cuando se te empiece
a notar todos se enteren de que mi hija es una cualquiera. Y por mi cuenta voy a sa-
ber quién fue el infeliz —le espetó su padre.

Martha estaba llena de dudas y teorías, así que se propuso penetrar hasta el ori-
gen del problema: sin que sus padres lo notaran comenzó a salir unas horas por las
tardes para ir a la biblioteca. Pasaron más de tres semanas de intensas búsquedas,
su vientre crecía desconcertantemente rápido, hasta que encontró algo relevante en
un libro de biología: unos extraños casos en los cuales algunas mujeres se habían
auto-embarazado.

—Se llama partogénesis, papá, de seguro eso pasó conmigo.

—Se ha de llamar Mario, Miguel o José Luis —replicó furioso su padre.

—Créeme, muchas especies de cucarachas son partogénicas. Y hay casos, no muy documentados, de mujeres que han sufrido esto —dijo señalando su ya prominente abdomen.

—Tú no eres una cucaracha, eres una desvergonzada.

Por miedo a dañar el feto dejó de introducirse vegetales; se conformó frotándose jitomates.

Fue al quinto mes cuando todos empezaron a asustarse: su vientre estaba creciendo tan rápido que parecía tener más de nueve meses. Apresurados fueron con un ginecólogo, el cual la auscultó concienzudamente y, con una placa de ultrasonido en las manos, les comunicó a sus padres:

—Señores, creo que ha sucedido un malentendido; lo que su hija tiene en el vientre no es producto de un embarazo, es, según los estudios, un enorme tumor que nos engañó por tener forma humanoide. Pero hay que corroborarlo con otros especialistas.

—¡Y tanto que hemos hecho sufrir a nuestra hijita, Fernando! —dijo su madre con los sentimientos de felicidad, preocupación y vergüenza revueltos.

—¡Qué idiotas hemos sido! —finalizó el padre con las manos en la cara.

Martha sólo escuchaba, desconcertada, mientras el doctor explicaba, mostrando frascos con masas flotando en cloroformo, que era un caso tal vez jamás visto.

—...por otra parte el tumor ha, de alguna forma, engañado al cuerpo de su hija y así detuvo su periodo —terminó de decir el galeno, hizo unos apuntes en un block y les tendió la mano.

Martha en casa comenzó a ser tratada con apapachos y consideraciones, hasta la visita a un nuevo especialista.

—Esto no puede ser un tumor, es casi un hecho que su hija está embarazada.

Todos pusieron un semblante muy serio.

—Momento... —dijo Martha, pero su padre le lanzó una mueca que no la dejó continuar.

—Debería de investigar si ella consume drogas o si su “novio” lo hacía. Aunque éste difícilmente habría podido causar tanto daño —aconsejó el doctor.



—¡Radiación!, de seguro es la causa —dijo Martha rápidamente para no ser censurada.

—¿Has estado en Chernobyl? Porque sólo así te creería —dijo el doctor, y Martha bajó la cabeza.

—Sin embargo, no nos apresuremos, quizá fue otro agente. Genes recesivos muy, pero muy dañados podrían haber causado un feto con la evolución, las protuberancias y el comportamiento que éste presenta.

Los padres de Martha, utilizando un tono grave e indiferente, no dejaban de recordarle lo decepcionados que estaban de ella, mientras su vientre se expandía y expandía. Al llegar al sexto mes las manos de Martha no podían abarcarlo; como esperanza última consultaron a otro especialista.

—Sea un tumor o un bebé, si no sale del cuerpo de su hija, ella morirá.

Para principios del séptimo, Martha ya no podía moverse de la cama. Sus piernas en vano intentaban sostenerla.

En el quirófano la operación fue prevista para ser algo parecido a una cesárea. No pasaron más de dieciocho horas y, cuando salió del vientre de Martha, aquello empezó a llorar.

—¡Doctor, esto está vivo! —dijo la enfermera.

—¡Sí, ya me di cuenta!

Al principio se horrorizaron, luego el horror se convirtió en sorpresa y, por último, en ternura.

Martha no pudo ver a su hijo hasta pasado casi un día. Cuando al fin se lo mostraron tuvo ganas de llorar. Era un hermoso bebé de nueve kilos, pero con algunas particularidades: en vez de pelo le crecían hojas, sus brazos asemejaban ramas y sus dedos brotes, sus ojos eran de un profundo color verde oscuro, su piel —del



mismo color que los ojos— era como una cáscara gruesa y lisa, y su espalda presentaba una extraña curvatura; era, sin duda, la más perfecta amalgama entre humano y pepino.

—¡Qué bonito! —exclamó Martha, doblegada por el llanto, y lo abrazó.

—¿Cómo se llamará tu hijo? —preguntó la enfermera.

—Pepín —contestó Martha.

No se retrasaron en llegar la prensa y la ciencia ofreciendo sumas millonarias. Entonces Martha y su hijo aparecieron en las portadas de las más importantes revistas del mundo, y los especialistas más renombrados los hicieron objeto de concienzudos análisis, cuyo primer resultado fue: “La estructura celular de esta mujer está conformada por elementos animales y vegetales.”

Los padres —ahora abuelos— estaban avergonzados y no dejaban de pedir disculpas a su hija; ya habían resuelto que, ante lo extraño del caso: “Pepín es un regalo de Dios.” Conclusión que se corroboraba cada vez más, gracias a los millones de dólares que ganaban a costa de él.

Martha no estaba muy segura de que su hijo fuera producto divino, por lo que hizo la penitencia de no volver a masturbarse con vegetales.

Pepín, es cierto, vivió poco, no más de diez meses, pero su vida fue intensa:

Al mes se le dio caminar, era travieso y solía jugar con lodo, lo cual molestaba a Martha: —¡Con la comida no se juega! —le decía.

La celebridad del caso se propagó por cada rincón del país.

Al segundo mes le germinó el habla y, por una semana, desquició a su madre al pronunciar las frases al revés y crear palíndromos.

Aparecieron en numerosos programas de televisión de todo el mundo.

Al cuarto mes le creció el saber leer y escribir, y su libro *Morfología y semántica. Rompiendo los mitos de Chomsky* revolucionó la lengua.

El caso de un ornitorrinco que nació con alas empezó a eclipsar el caso de Pepín.

Al sexto mes le brotaron hojitas en las axilas y en el pubis. Fue en este periodo que tuvo una charla con su madre y con sus abuelos; les habló de ética, de los valores, de la vida y, en forma sencilla e inductiva, los convenció —no sin usar como fuentes a diversos filósofos— de que el dinero que habían ganado debían donarlo a una causa noble; sugirió el estudio para la cura del cáncer. Así lo hicieron.

La ciencia decidió canalizar todos sus recursos en el ornitorrinco alado.

Al octavo mes de pronto maduró mucho y empezó a sentirse solo porque no encontraba con quién compartir su existencia. Fue a grupos para conocer mujeres, pero ellas no lo aceptaban del todo, intimidadas por su extrovertido desenvolvimiento y por la agudeza de sus bromas. También procuró los mercados, pero las pepinas le parecían más bien aburridas.

Una importante firma juguetera clausuró el proyecto “Pepinluche”.

Al décimo mes, Pepín amaneció podrido. Su madre no se sorprendió mucho, ya lo esperaba; en sus últimos días estaba muy marchito. Por deseo expreso, en su carta póstuma, fue incinerado y sus cenizas se perdieron en el remolino de una taza de baño: “No quiero dar seres que sufran tanto como yo”, acotó.

En la trivía de un periódico, la pregunta: “¿Quién fue Pepín?”, nadie pudo responderla.

Martha siguió un viejo consejo de su hijo e hizo trámites para ingresar a un convento.

Llevó una vida de lo más normal para una monja: vendía rompopo adulterado y rezaba un padre nuestro menos de lo que ordenaba la madre superiora. Murió a los ochenta y nueve años de un paro cardíaco. La enterraron en el patio trasero del convento y su tumba recibió los mismos honores que las otras: un breve epitafio, una misa y un pequeño árbol de durazno sembrado sobre ella.

Tuvieron que pasar veinticinco años para que el árbol que se sembró sobre sus restos diera frutos: unos hermosos y chillones duraznitos con manos, pies, nariz, ojos, boca y orejas, que gritaban aún más cuando las hermanas los arrancaban para comérselos. 📍

FOTOGRAFÍA

Punctum

Luis Gustavo Enríquez Miranda

ESCUELA NACIONAL DE ARTES PLÁSTICAS, UNAM

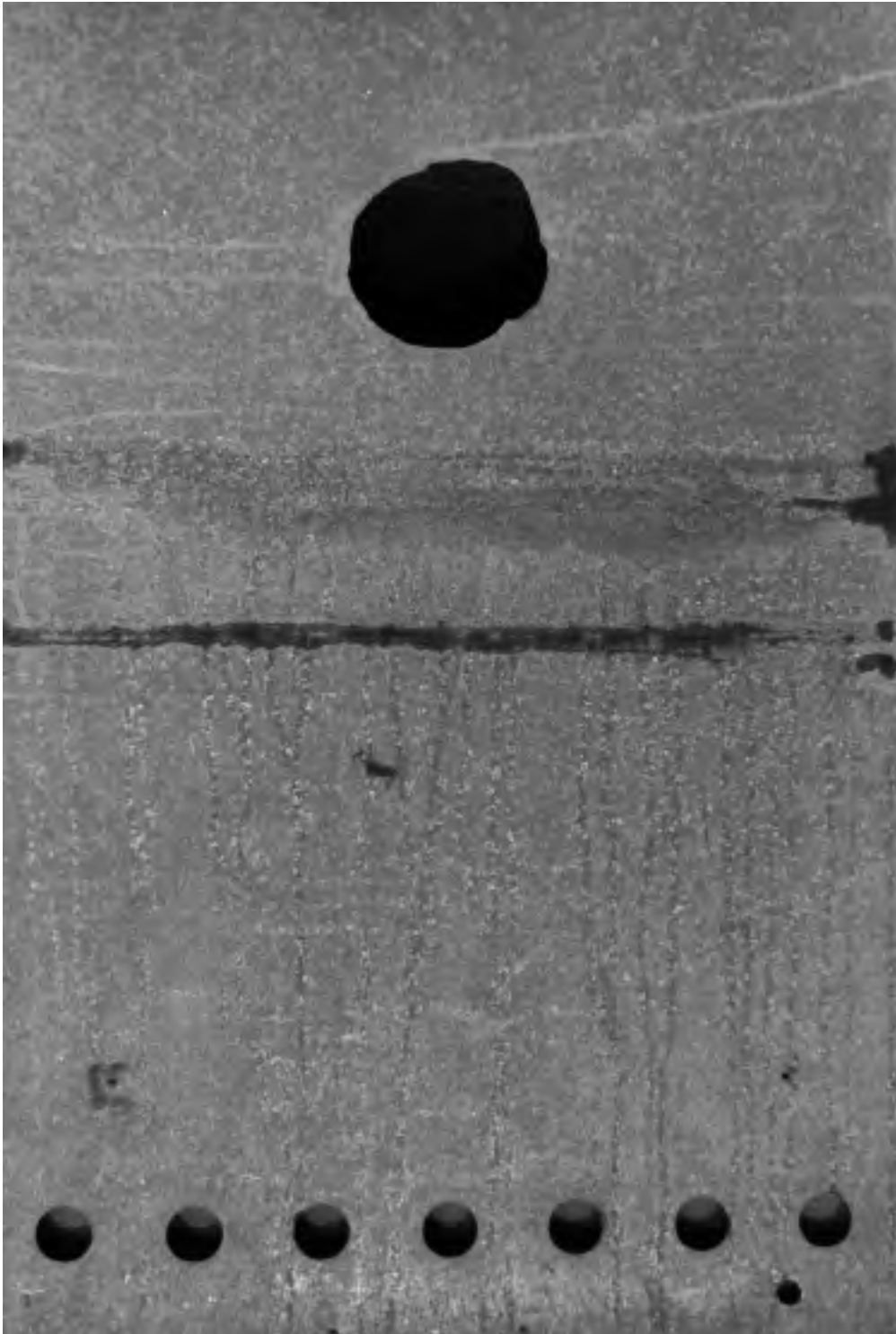












Clytie

Martha Angélica Pérez Isunza

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, UNAM

Título original: "Clytie", relato de Eudora Welty,
publicado en *The Oxford Book of Gothic Tales*, Chris Baldick (ed.),
Oxford University Press, Oxford, 1992, pp. 424-434

Era media tarde, con nubes pesadas y de color plata que parecían más grandes y más anchas que campos de algodón, y pronto comenzó a llover. Todavía a la luz del sol, los goterones caían en los cobertizos de zinc caliente y manchaban las blancas fachadas falsas de la hilera de tiendas del pueblecito de Farr's Gin. Una gallina y su fila de pollitos amarillos cruzaron corriendo la calle, asustados. El polvo se tornó color barro de río, y los pájaros bajaron volando de inmediato hasta él y abrieron pequeños huecos para bañarse. Los perros de cacería abandonaron el umbral de las tiendas, se sacudieron hasta la cola y fueron a recostarse adentro. La poca gente que había en la calle, con sus largas sombras proyectadas en el suelo llano, se refugió en la oficina de correos. Un chiquillo clavó sus talones descalzos en los costados de su mula, que siguió cruzando el pueblo, a paso lento, en dirección al campo.

Después de que todos los demás se habían refugiado, la señorita Clytie Farr seguía parada en la calle, mirando al frente con sus ojos de miope, e igual de mojada que los pajaritos.

Tenía la costumbre de salir del viejo caserón hacia esa hora de la tarde y cruzar el pueblo a toda

prisa. Antes corría de aquí para allá con cualquier pretexto, y por un tiempo le dio por ofrecer explicaciones en voz baja que nadie podía oír, y luego comenzó a dejar cuentas sin pagar, que, según la jefa de la oficina de correos, eran tan incobrables como las de cualquiera, aun cuando los Farr se creyeran demasiado finos como para relacionarse con el resto de la gente. Ahora, en cambio, Clytie salía sin motivo. Venía todos los días, y ya nadie le dirigía la palabra: tenía tanta prisa que no podía distinguir a la gente. Y cada sábado esperaban encontrarla atropellada, dada la manera en que se internaba en la carretera con todos los caballos y camiones.

Quizá Clytie simplemente se estaba volviendo loca, decían las mujeres que habían salido a la puerta a tomar el fresco, loca como su hermana. Y Clytie sólo se quedaba ahí, esperando a que le dijeran que se fuera a casa. Tendría que escurrir toda la ropa que llevaba: la blusa, la falda y las medias negras largas. Traía en la cabeza un sombrero de paja de los de la tienda de artículos de confección, con una cinta vieja de raso negro clavada con un alfiler, para que pareciera un sombrero más elegante, y lo llevaba atado por la barbilla. Ahora, en



Dibujos de Itzel Jiménez Cedillo (ENAP, UNAM)

pleno aguacero, a la vista de las señoras, el sombrero empezó a combarse por los lados, lentamente, hasta ofrecer un aspecto todavía más absurdo y destrozado, como un gorrito viejo en un caballo. Y, en efecto, algo tenía de animal la paciencia con que la señorita Clytie se quedaba ahí parada bajo la lluvia y separaba un poco del cuerpo los brazos largos y vacíos, como si estuviera esperando a que apareciera algo en la carretera y la llevara a un lugar seguro.

Poco después se oyó un trueno.

—¡Señorita Clytie! ¡Cúbrase de la lluvia, señorita Clytie! —gritó alguien.

La solterona no volteó, pero apretó los puños y los metió bajo las axilas. Entonces se echó a correr por la calle sacando los codos como alas de gallina, mientras su pobre sombrero crujía y le golpeaba las orejas.

—Bueno, allá va la señorita Clytie —dijeron las señoras, y una tuvo un presentimiento sobre ella.

Expuesta a una lluvia torrencial, corrió por el camino hundido, pasando por debajo de los cuatro cedros negros y mojados, de los que se desprendía un olor acre, como a humo, y llegó hasta la casa.

—¿Dónde diablos estabas? —gritó Octavia, la hermana mayor, desde una ventana de arriba.

Clytie miró hacia arriba a tiempo de ver caer la cortina.

Entró a la casa, al recibidor, y esperó temblando. La sala estaba muy oscura y vacía. La única luz caía sobre

la sábana blanca que cubría el mueble solitario, un órgano. Las cortinas rojas de la puerta del salón, descubiertas por manos de marfil, estaban fijas como troncos de árbol en la asfixiante casa. Todas las ventanas estaban cerradas, y todas las persianas bajadas, aunque tras ellas todavía se escuchaba la lluvia.

Clytie tomó un cerillo y se acercó al poste de la escalera, donde el Hermes de bronce sostenía en alto una lámpara de gas. Justo encima, iluminada pero inmóvil, como una de las reliquias inamovibles de la casa, Octavia esperaba en la escalera.

Estaba parada firmemente junto al vitral violeta y amarillo limón de la ventana del rellano, y sus dedos arrugados, incapaces de quedarse quietos, toqueteaban la cornucopia de diamantes que siempre llevaba en la pechera de su vestido largo y negro. Lo de acariciar la cornucopia era uno de esos gestos espléndidos e inmortales, característicos de ella.

—Como si no fuera suficiente que estemos aquí esperándote, muriéndonos de hambre —dijo Octavia a Clytie, que esperaba abajo—. Te vas sin avisar y no me contestas cuando te llamo. Te vas a dar vueltas por la calle. ¡Qué vulgar!

—Tranquila, hermana —logró decir Clytie.

—Pero siempre vuelves.

—Claro...

—Gerald está despierto, y papá también —dijo Octavia, con la misma voz vengativa, una voz muy alta, por su costumbre de llamar a gritos.

Clytie fue a la cocina y encendió las yescas de la estufa de leña. Como si estuviera congelándose en pleno mes de junio, se paró frente a la puerta abierta de

la estufa, y pronto una expresión de interés y satisfacción le iluminó la cara, que en los últimos años se había curtido, a pesar del sombrero de paja. En ese momento recuperó el hilo de un sueño. En la calle había estado pensando en la cara de un niño que acababa de ver. El niño, que jugaba a perseguir a otro de su edad con una pistola de juguete, al pasar junto a ella la había mirado con una expresión tan abierta y serena, tan confiada... Recordando aquella cara menuda y pacífica, rosada como esas llamas que tenía delante, como una inspiración que barre todos los demás pensamientos, Clytie se había olvidado de sí misma y había tenido que quedarse parada en medio de la calle. Después había empezado a llover, y le habían gritado algo, y no había podido llegar al final de sus meditaciones.

Hacía mucho tiempo que Clytie había comenzado a observar las caras y a pensar en ellas.

Todo el mundo sabía que Farr's Gin no tenía más de ciento cincuenta habitantes, "negros incluidos", pero a Clytie la cantidad de caras le parecía casi infinita. Había aprendido a mirar cada cara con detenimiento; estaba convencida de que era imposible verlo todo de golpe. Lo primero que descubría en una cara siempre era el hecho de no haberla visto nunca. En cuanto se fijaba en el rostro real de las personas, el mundo perdía toda su familiaridad. El espectáculo más profundo del mundo, el más conmovedor, tenía que ser una cara. ¿Acaso era posible comprender los ojos y la boca de otras personas, que escondían algo ignoto, y que pedían en secreto otra cosa igual de desconocida? Volvió a ella la sonrisa misteriosa del viejo que vendía cacahuates delante de la verja de la iglesia; hubo un momento en que su cara pareció impresa en la puerta de hierro de la estufa, inscrita en la melena del león. La gente decía que "el chico de Tom Bate", como se llamaba a sí mismo, miraba al vacío con una



cara tan sosa como una semilla de sandía, pero a Clytie, que había visto granos de arena en sus ojos y en sus pestañas amarillas de viejo, se le antojaba salido de un desierto, como un egipcio.

Mientras pensaba en el chico de Tom Bate, sintió en la espalda el golpe de una terrible ráfaga de viento y se volvió. La persiana, larga y verde, se levantó y volvió a caer. La ventana de la cocina estaba abierta de par en par... la había abierto ella. La cerró con sigilo. Si se enteraba Octavia, que por nada del mundo bajaba hasta el pie de la escalera, nunca le perdonaría una ventana abierta.

Para Octavia, lluvia y sol equivalían a la ruina. Clytie recorrió la casa entera para asegurarse de que todo estuviera a salvo. No era la ruina en sí lo que podía molestar a Octavia. No la asustaban ni la ruina ni la invasión, ni siquiera si corrían peligro tesoros de un valor incalculable, ni siquiera en la pobreza. Era, sencillamente, una forma de exponerse a la curiosidad ajena, y eso no podía tolerarlo. Todo eso se le leía en la cara.

Clytie preparó las tres comidas en la estufa, porque todos comían cosas diferentes, y dispuso las tres bandejas. Tenía que llevarlas arriba en el orden correcto. La concentración le hizo fruncir el ceño, pues era difícil vigilar los tres platos a la vez y conseguir que salieran todos bien, como habría hecho la vieja Lethy. Habían tenido que despedir a la cocinera hacía mucho tiempo, cuando su padre sufrió el primer ataque. Su padre apreciaba mucho a Lethy, que había sido su niñera en la infancia, y ella había vuelto del campo para verlo al enterarse de que estaba muriendo. Lethy había ido a la casa y había llamado a la puerta trasera. Y como siempre, a la primera señal de alboroto, delante o detrás, Octavia se había asomado desde el fondo de la cortina y había gritado, "¡Vete! ¡Vete! ¿Qué diablos quieres aquí?" Y aunque Lethy y el enfermo



habían suplicado permiso para verse, Octavia había soltado los gritos de rigor y había echado a la intrusa. Clytie, como de costumbre, se había quedado parada en la cocina sin abrir la boca, hasta que finalmente había repetido, siguiendo el ejemplo de su hermana, “Vete, Lethy.” Pero su padre no había muerto. En vez de ello, se había quedado parálítico y ciego y sólo podía emitir sonidos ininteligibles y tragar líquidos. De vez en cuando, Lethy acudía a la puerta trasera, pero nunca la dejaban entrar, y el viejo ya no tenía oído ni facultades mentales para pedir que la llevaran con él. Sólo había un visitante con permiso para entrar a la habitación. Una vez a la semana, por encargo, venía el barbero a afeitarlo. En esas ocasiones nadie decía ni una palabra.

Clytie subió primero al dormitorio de su padre y dejó la bandeja en una mesita de mármol que había al lado de la cama.

—Quiero dar de comer a papá —dijo Octavia, quitándole el plato de las manos.

—Ya le diste la última vez —dijo Clytie.

Soltó el plato y miró la cara puntiaguda que estaba apoyada en la almohada. Al día siguiente tocaba barbero, y los puntos negros y afilados, que habían llegado a su máxima longitud, parecían agujas clavadas a todo lo largo de las mejillas chupadas. Los ojos del viejo estaban medio cerrados. Era imposible saber qué sentía. Daba la impresión de estar muy lejos, abandonado, libre... Octavia comenzó a darle de comer.

De repente, sin apartar la mirada de su padre, Clytie empezó a decir a su hermana palabras atropelladas y llenas de amargura, las más brutales que se le ocu-



rrieron. Pero pronto empezó a llorar y sollozar, como un niño pequeño al que los grandes han tirado al agua.

—Ya basta —dijo Octavia.

Pero Clytie no podía despegar la vista de la cara sin afeitar de su padre, ni de su boca aún abierta.

—Y si me da la gana mañana vuelvo a darle de comer —dijo Octavia.

Se levantó. Le caía sobre la frente el grueso cabello, que crecía de nuevo después de una enfermedad y estaba teñido casi de violeta. Los largos pliegues de acordeón que comenzaban en el cuello y cruzaban el camión de arriba a abajo se abrían y se cerraban sobre sus pechos conforme respiraba.

—¿Ya se te olvidó Gerald? —dijo—. Y yo también tengo hambre.

Clytie volvió a la cocina y llevó la cena a su hermana. Después llevó la de su hermano.

La habitación de Gerald estaba oscura, y Clytie tuvo que abrirse paso por la barricada habitual. El olor a whisky estaba en todas partes; incluso saltó una llamada al prender el cerillo con el que encendió la lámpara de gas.

—Es de noche —dijo Clytie.

Gerald estaba acostado en la cama, mirándola. En la penumbra se parecía a su padre.

—Hay más café en la cocina —dijo Clytie.

—¿Me lo puedes traer? —le pidió Gerald. La miraba fijamente, con expresión de agotamiento y seriedad.

Clytie se agachó y le detuvo la espalda. Gerald se tomó el café mientras su hermana seguía inclinada con los ojos cerrados, descansando.

Poco después Gerald la apartó, volvió a tumbarse en la cama y empezó a describir lo agradable que había sido tener casita propia en esa misma calle, una casa nueva, con todas las comodidades: estufa de gas, luz eléctrica... cuando estaba casado con Rosemary. Rosemary... ella había dejado su empleo en el pueblo vecino sólo para casarse con él. ¿Cómo podía haberlo abandonado en tan poco tiempo? No significaba nada que él la hubiera amenazado mil veces con pegarle un tiro, ni que le hubiera apuntado al pecho con la escopeta. Rosemary no lo había entendido. Sólo era que a él le entusiasmaba su propia satisfacción. Sólo había querido jugar con ella. En cierto modo, había querido demostrarle que la amaba más allá de la vida y de la muerte.

—Más allá de la vida y de la muerte —repitió, cerrando los ojos.

Clytie no contestó, a diferencia de lo que hacía siempre Octavia durante aquellas escenas, que terminaban invariablemente con Gerald en llanto.

Al otro lado de la ventana cerrada, un sinsonte comenzó a cantar. Clytie apartó la cortina y pegó la oreja al cristal. Ya no llovía. El canto del pájaro atravesaba en gotas líquidas los árboles negros y la noche.

—Vete al cuerno —dijo Gerald, con la cabeza debajo de la almohada.

Clytie recogió la bandeja y dejó a Gerald con la cara tapada. No le hacía falta mirarles las caras. Las caras de ellos eran las que se interponían.

Bajó deprisa a la cocina y empezó a comer su propia cena.

Las caras de ellos se interponían entre la suya y otra. Eran sus caras las que se habían inmiscuido hacía mucho tiempo, para esconder una cara que la había mirado a ella. Y ahora era difícil recordar su aspecto, o el momento en que la había visto por primera vez. Debía haber ocurrido cuando era joven. Sí, en una especie de pérgola... acaso no se rió, se inclinó hacia adelante... y la visión de aquella cara... que se parecía un poco a todas las demás, a la del niño confiado, a la del viajero viejo e inocente, incluso a la del barbero codicioso y a la de Lethy y a las de los vendedores ambulantes que uno a uno llamaban a la puerta y se marchaban sin respuesta... y sin embargo era diferente, mucho más... aquella cara había estado muy próxima a la suya, casi familiar, casi accesible. Y entonces se había interpuesto la cara de Octavia. Otras veces era la cara apopléjica de su padre, o la de su hermano Gerald, o la de su hermano Henry, con el agujero de bala en la frente... La similitud con una visión era el móvil exclusivo que la llevaba a examinar las caras secretas, misteriosas, únicas, que encontraba en las calles de Farr's Gin.

Pero siempre había una interrupción. Si alguien le dirigía la palabra, salía huyendo. Si veía que iba a toparse con alguien en la calle, había llegado incluso a esconderse detrás de un arbusto y taparse la cara con una ramita hasta que la persona en cuestión se hubiera ido. Si la llamaban por su nombre, primero se sonrojaba, luego palidecía, y parecía, según el comentario de una de las señoras de la tienda, algo decepcionada.

Además, cada vez tenía más miedo. La gente se daba cuenta porque ya no se arreglaba. Durante años había tenido la costumbre de salir alguna vez con lo que se llamaba un "conjunto", toda de verde militar, con un sombrero que se le ajustaba a la cabeza como una cubeta, un vestido de seda verde y hasta zapatos verdes puntiagudos. Llevaba puesto el conjunto todo el día, si el día era bonito, y a la mañana siguiente volvía al vestido gastado de siempre, con el sombrero viejo atado a la barbilla, como si el conjunto hubiera sido

un sueño. Ya hacía mucho tiempo que Clytie no se vestía de manera llamativa.

De vez en cuando, alguna vecina, ya fuera por ganas de parecer amable o por mera curiosidad, le pedía su opinión sobre algo, un punto de ganchillo, por ejemplo; en esas ocasiones, Clytie no huía, sino que ponía una sonrisa débil y tensa, y decía con voz de niña: “Es bonito.” Sin embargo, añadían siempre las señoras, nada que se acercara a la casa de los Farr era bonito por mucho tiempo.

—Es bonito —dijo Clytie cuando la vieja de al lado le enseñó el rosal nuevo que había plantado, todo en flor.

No había pasado ni una hora cuando Clytie salió de casa corriendo y gritando:

—¡Dice mi hermana Octavia que quite el rosal! ¡Dice mi hermana Octavia que quite el rosal y que lo aleje de nuestra barda! ¡Quítelo o la mato! Lléveselo.

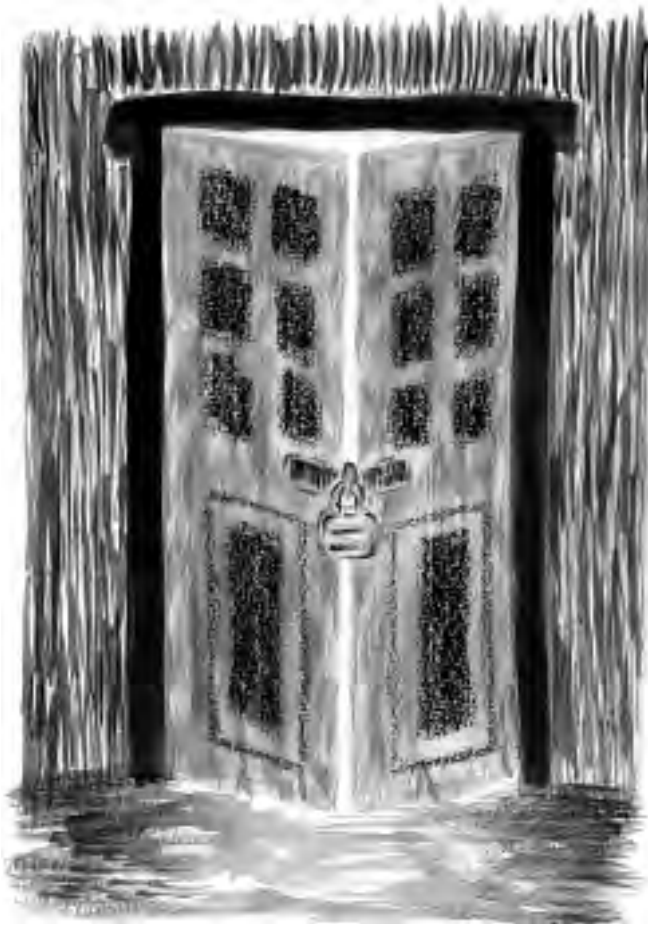
Y del otro lado de la casa de los Farr vivía una familia con un niño pequeño que siempre jugaba en el patio. El gato de Octavia pasaba por debajo de la barda, y el niño lo tomaba en sus brazos. Tenía una canción que siempre le cantaba al gato de los Farr. Entonces Clytie salía corriendo de la casa, ardiendo en cólera con el mensaje de Octavia.

—¡No hagas eso! ¡No hagas eso! —gritaba angustiada—. ¡Si vuelves a hacerlo te mato!

Luego volvía corriendo al huerto y empezaba a decir groserías.

Lo de las groserías era nuevo, y las decía en voz baja, como una cantante ensayando una canción por primera vez. Pero era algo que no podía evitar. Esas palabras que al principio la horrorizaban, ahora manaban en un torrente completo y suave de su garganta, que pronto quedaba con una extraña sensación de relajamiento y descanso. Decía groserías a solas, en la tranquilidad del huerto. Todo el mundo comentaba, con una especie de reprobación, que sólo estaba imitando a su hermana mayor, quien años atrás había tenido por costumbre salir al mismo huerto y decir las mismas groserías, sólo que con una voz de notable volumen y autoridad que se oía hasta la oficina de correos.





A veces, entre palabra y palabra, Clytie miraba hacia arriba para ver a Octavia, que la observaba desde su ventana. Cuando por fin dejaba caer la cortina, Clytie se quedaba ahí sin habla.

Finalmente, con una mansedumbre hecha de miedo y agotamiento y amor, un amor abrumador, Clytie cruzaba la verja y salía al pueblo, caminando cada vez más rápido, hasta que sus largas piernas adquirirían una velocidad grotesca. Se decía que no había nadie en todo el pueblo que fuera capaz de sostenerle el paso a la señorita Clytie.

También acostumbraba comer de prisa, sola en la cocina, como lo hacía en ese momento. Mordió salvajemente la carne ensartada en el pesado tenedor de plata y royó el huesito de pollo hasta dejarlo limpio y mundo.

A media escalera se acordó de la segunda taza de café de Gerald y volvió por ella. Después de bajar las demás bandejas y lavar los platos, no se olvidó de revisar las puertas y ventanas para comprobar que todo estuviera perfectamente cerrado.

A la mañana siguiente, Clytie se mordió el labio y sonrió mientras preparaba el desayuno. Lejos, al otro lado de la ventana abierta en secreto, un tren de carga cruzaba el puente a la luz del sol. Algunos negros que iban de pesca bajaban en fila por la carretera, y el chico de Tom Bate, que los acompañaba, se volvió y la miró a través de la ventana.

Había aparecido Gerald, vestido y con los anteojos puestos, para anunciar su intención de ir a la tienda. La vieja tienda de muebles de los Farr ya no tenía mucha actividad, y la gente, claro está, no echaba de menos a Gerald cuando no iba. De hecho, difícilmente se daban cuenta de cuándo iba, debido a aquellas botas enormes colgadas de un alambre, que tapaban casi por completo el despacho estrecho como una jaula. A los que entraban los atendía una chica de preparatoria.

Gerald entró al comedor.

—¿Cómo estás, Clytie? —preguntó.

—Yo bien, Gerald. ¿Y tú?

—Voy a la tienda.

Tomó asiento con rigidez, y Clytie le puso los cubiertos.

Octavia gritó desde arriba:

—¿Dónde demonios está mi dedal? Me robaste el dedal, Clytie Farr, te lo llevaste. ¡Mi dedalito de plata!

—Ya empezamos —dijo Gerald con vehemencia. Clytie vio torcerse la línea de sus labios, finos y delgados, casi negros—. ¿Cómo puede un hombre vivir en una casa con mujeres? ¿Cómo?

Se levantó de un salto y rompió la servilleta exactamente por la mitad. Salió del comedor sin probar bocado de su desayuno. Clytie oyó que subía a su habitación.

—¡Mi dedal! —chilló Octavia.

Esperó un momento. Agachada con avidez, como una ardillita, Clytie comió una parte de su desayuno aún en la estufa, antes de subir al piso de arriba.

A las nueve llamó a la puerta el señor Bobo, el barbero.

Entró sin esperar, porque nunca contestaban a sus toquidos, y avanzó por el recibidor como un pequeño general. Ahí estaba el viejo órgano que no se destapaba ni se tocaba nunca, salvo en los funerales, y a éstos no se invitaba a nadie. Siguió adelante, pasando por debajo del brazo de la estatua masculina que estaba en puntas de pie, y subió por la escalera oscura. Ahí estaban, alineados en lo alto de la escalera, y todos lo miraban con repulsión. El señor Bobo estaba convencido de que todos estaban locos. Para colmo, Gerald había estado bebiendo, y eso que eran las nueve de la mañana.

El señor Bobo era bajo de estatura y siempre había estado orgulloso de ello, hasta que empezó a ir a aquella casa una vez por semana. No le gustaba mirar desde abajo los cuellos largos y blandos de los Farr, ni sus frías caras de asco talladas en altorrelieve. Podía imaginar lo que haría cualquiera de las hermanas ante un avance de su parte. (¡Como si fuera a intentarlo!) En cuanto llegó al piso de arriba, todos se marcharon y lo dejaron solo. Levantó la barbilla y se quedó parado con las piernas curvas muy separadas, mirando a su alrededor. El vestíbulo superior no tenía ningún mueble, ni siquiera una silla donde sentarse.

“O venden los muebles a altas horas de la noche —decía el señor Bobo a la gente de Farr’s Gin— o es que son tan tacaños que ni los usan.”

El señor Bobo estaba de pie esperando a que lo llamaran, pensando que ojalá no hubiera ido nunca a aquella casa a afeitar al viejo señor Farr. Pero lo había sorprendido tanto recibir una carta por correo. El papel era tan viejo y amarillento que al principio le había parecido un mensaje escrito hacía mil años y que se había quedado sin enviar. Lo firmaba “Octavia Farr”, y empezaba sin siquiera dirigirse a él con un “Estimado señor Bobo”. Lo que decía era: “Acuda a

esta residencia cada viernes a las nueve de la mañana hasta nuevo aviso. Afeitará usted al señor James Farr.”

Se había propuesto ir una sola vez. Después, a cada visita, se marchaba decidido a no volver, especialmente porque no tenía la menor idea de si le pagarían algo. Claro que tenía su valor ser el único habitante de Farr’s Gin con permiso para entrar a la casa (a excepción del empleado de la funeraria, que había entrado cuando el joven Henry se pegó un tiro, pero que hasta la fecha no había dicho ni una palabra al respecto). Pero tampoco era fácil afeitar a un hombre tan enfermo como el señor Farr; era mucho más sencillo afeitar a un cadáver, o incluso a un peón borracho y agresivo. Imagínese que usted estuviera así, decía el señor Bobo, sin poder mover la cara, ni mantener en alto la barbilla, ni tensar la mandíbula, ni parpadear cuando se acerca la cuchilla. Lo malo del señor Farr era que su cara no ofrecía resistencia a la navaja. Su cara no aguantaba.

—No vuelvo nunca —concluía el señor Bobo cada vez que hablaba del tema con sus clientes—. Ni aun que me pagaran. Ya he visto lo suficiente.

Sin embargo, ahí estaba otra vez, esperando delante de la puerta del enfermo.

—Es la última vez —dijo—. Lo juro por Dios.

Y se preguntó por qué no se moría el viejo.

Justo entonces la señorita Clytie salió de la habitación. Ahí venía, con esa manera de andar tan rara que tenía, como de lado, y cuanto más se acercaba a él más lentos se hacían sus pasos.

—¿Ya? —preguntó el señor Bobo, nervioso.

Clytie miró su cara pequeña y dubitativa. ¡Cuánto miedo se agolpaba en los ojitos verdes del barbero! Su carita ávida, lastimosa... qué acongojada estaba, como la de un gatito perdido. ¿Qué era lo que necesitaba tan desesperadamente esta criatura pequeña y codiciosa?

Clytie llegó frente al barbero y se detuvo. En vez de decirle que podía entrar y afeitar a su padre, levantó la mano y le tocó un lado de la cara con una dulzura asombrosa.

Por un instante, se quedó mirándolo inquisitivamente. El barbero permaneció inmóvil como una estatua, como la estatua de Hermes.

Entonces soltaron los dos un grito de desesperación. El señor Bobo dio media vuelta y salió corriendo escaleras abajo, agitando la navaja en círculos, hasta que desapareció por la puerta principal; y Clytie, pálida como un fantasma, se dejó caer contra el barandal. El espantoso olor a esencia de laurel y tónico capilar, el raspón horrible y húmedo de una barba invisible, los ojos saltones, verdes y densos... ¡Dónde había puesto la mano! Casi no podía soportarla... la idea de aquella cara.

La estruendosa voz de Octavia atravesó la puerta cerrada de la habitación del enfermo.

—¡Clytie! ¡Clytie! ¡No le has traído el agua de lluvia a papá! ¿Dónde demonios está el agua de lluvia para afeitarse a papá?

Clytie, obediente, bajó por la escalera.

Su hermano Gerald abrió de golpe la puerta de su habitación.

—¿Ahora qué pasa? ¡Esto es un manicomio! Alguien pasó corriendo al lado de mi habitación. Lo escuché. ¿Dónde esconden a sus hombres? ¿Tienen que traerlos a casa?

Azó de nuevo la puerta, y Clytie lo oyó poner la barricada.

Clytie atravesó el recibidor y salió por la puerta trasera. Se detuvo al lado del viejo barril de lluvia y de pronto sintió que aquel objeto se había hecho su amigo, justo a tiempo, y sus brazos casi lo rodearon con gratitud impaciente. El barril de lluvia estaba lleno. Salía de él una fragancia oscura, densa y penetrante, como de hielo y flores y rocío nocturno.

Clytie se inclinó un poco y miró el agua, que se movía ligeramente. Le pareció ver una cara.

Por supuesto. Era la cara que había estado buscando, la cara de la que la habían separado. Como para dar una señal, el dedo índice de una de sus manos se levantó y tocó la oscura mejilla.

Clytie se agachó un poco más, como se había agachado para tocar la cara del barbero.

Era una cara temblorosa e inescrutable. Tenía las cejas muy juntas, como si sintiera dolor. Los ojos eran grandes, penetrantes, casi ávidos; la nariz, fea y descolorida, como después del llanto; la boca, vieja y cerrada a las palabras. A ambos lados de la cabeza caía el oscuro cabello de manera vergonzosa y salvaje. Todo en aquella cara asustaba a Clytie con sus huellas de espera, de sufrimiento.

Por segunda vez en la mañana, Clytie retrocedió, y cuando lo hizo, la otra persona retrocedió igualmente.

Demasiado tarde. Reconoció la cara. Se quedó ahí con el corazón oprimido, como si la visión borrosa y semi-recordada finalmente la hubiera traicionado.

—¡Clytie! ¡Clytie! ¡El agua! ¡El agua! —se oyó la voz monumental de Octavia.

Clytie hizo lo único que se le ocurrió. Siguió doblando su cuerpo anguloso y clavó la cabeza en el barril, bajo el agua, a través de la

barril, bajo el agua, a través de la brillante superficie y hasta la amable profundidad sin formas, y la dejó ahí.

Cuando la encontró la vieja Lethy, se había caído de cabeza en el barril, con sus pobres piernas de señora fina en posición vertical, enfundadas en sus medias negras, y separadas como pinzas. ❶



Concurso 37 de la revista

punto
de partida



1.- Podrán participar todos los estudiantes de licenciatura, licenciatura y posgrado de México.

2.- Los trabajos deberán ser inéditos. En el caso de textos, deberá entregarse original y dos copias escritas en computadora o máquina de escribir, a doble espacio. En el caso de obra gráfica y fotografía, sólo se entregará el material original. Todos los trabajos deberán ser firmados con seudónimo y entregados en un sobre que presente en el exterior el título del trabajo, la categoría en que concursará y el seudónimo del autor, y que contenga además un sobre de menor tamaño cerrado, con los datos siguientes:

Nombre completo del autor, seudónimo, rubro en el que concursará, título del trabajo, escuela, número de cuenta o matrícula, copia de credencial u otro documento que lo acredite como estudiante, domicilio particular (calle, número, colonia, delegación o municipio y código postal), teléfono y, si se tiene, dirección de correo electrónico.

3.- El tema de los trabajos es libre y su extensión deberá ser la siguiente:

Crónica: de cinco a quince cuartillas.

Cuento: de cinco a quince cuartillas.

Cuento breve: dos cuartillas como máximo.

Ensayo: de cinco a quince cuartillas.

4. **Fotografía:** una serie temática de cinco a diez originales tamaño 4 x 10 en blanco y negro.

Gráfica: una serie temática de cinco a diez originales en formato carta o una tinta, en cualquiera de las siguientes disciplinas: estampa, dibujo o gráfica digital.

Poesía: de diez a quince cuartillas.

Traducción literaria: (francés/español o inglés/español) de cinco a diez cuartillas.

Deberá anexarse copia del texto en la lengua original.

4.- Se podrá participar en una o varias categorías. Podrá inscribirse solo un trabajo por categoría.

5.- Ningún trabajo será devuelto, a excepción de los originales en fotografía y gráfica.

6.- La fecha límite de entrega es el martes 28 de febrero de 2006, de 9:00 a 14:30 y de 17:00 a 20:00 horas. Si los trabajos son enviados por correo, se tomará en cuenta la fecha del material postal. No se recibirán trabajos durante el periodo vacacional de la UNAM (del lunes 19 de diciembre de 2005 al miércoles 8 de enero de 2006).

7.- Se otorgarán dos premios (primer y segundo lugar) en cada categoría. El primer lugar recibirá \$6,000.00 (SEIS MIL PESOS M.N.); el segundo lugar recibirá \$4,000.00 (CUATRO MIL PESOS M.N.). Ambos premios incluyen la publicación del trabajo ganador en la revista *Punto de partida*, un reconocimiento y un lote de libros editados por la Dirección de Literatura de la UNAM.

8.- El jurado podrá otorgar las menciones que considere pertinentes en cada categoría. Éstas recibirán un reconocimiento y un lote de libros publicados por la Dirección de Literatura de la UNAM.

9.- El jurado estará compuesto por personas de trayectoria reconocida.

10.- El fallo del jurado será inapelable y se dará a conocer directamente a los ganadores y en medios de comunicación.

11.- Los casos no previstos en esta convocatoria serán resueltos por la Dirección de Literatura de la UNAM.

Entrega de trabajos en la revista *Punto de partida* / Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural UNAM, Zona administrativa exterior, edificio C, primer piso (frente al Museo de las Ciencias UNAM), Insurgentes sur 3000, Coyocacán, Ciudad Universitaria, 04510 México, D.F. Informes en el teléfono: 5622-6281 o en central@correo.unam.mx y partida@servidor.unam.mx



Hacer de tripas corazón: la tierra, el amor y la mujer en la narrativa regionalista de Agustín Yáñez

Rodrigo Martínez Martínez

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES, UNAM

En el centenario de Agustín Yáñez, la novela *Al filo del agua* sigue marcando un límite en las letras mexicanas. La obra publicada en 1947 es la suma de los ejercicios literarios del autor durante el periodo anterior a su edición y, como apuntan numerosos críticos, señaló un camino para la novelística de México pues, hasta entonces, nadie había dominado las técnicas que la conforman. En el relato muchos han visto una síntesis de la vida nacional, una revelación del país y una serie de meditaciones sobre el mexicano. Sin embargo, la ficción del jalisciense, a pesar de su innegable valor histórico, social y literario, es sólo la constancia del género regionalista hispanoamericano. Su narrativa actúa como una innovación de esta corriente, sobre todo, como un experimento que manifiesta una estética personal con fundamento en la tierra, el amor y la mujer.

La narrativa de Yáñez es regional porque en ella palpitan los Altos de Jalisco. Inspirados en lo provinciano, personajes y atmósferas fundan un microcosmos literario. Además, los símbolos son primordiales. Mediante ellos brotan varias alegorías sobre la tierra, cuyo referente son los mitos grecorromanos y prehispánicos. El resultado es una obra de espíritu regional que, sosteniendo una postura ante el arte, traza puentes con lecturas más profundas de la realidad social.

Al filo del agua aparece cuando la literatura hispanoamericana vive un ciclo de experimentación. Anteriormente, influido por los clásicos y por las estructuras literarias utilizadas por John Dos Passos, el autor emprende un primer ensayo con *Archipiélago de mujeres* (1943), que trasciende como una relectura de *Tristán e Isolda*, *La canción de Rolando*, *La celestina*, *Otelo* y el *Libro de buen amor*. Estas variaciones temáticas representan un contacto primigenio con los intereses del autor: los amores y desamores, las mujeres como fondo estético y los escenarios de su región natal. *Al filo del agua* es la gran obra de Yáñez porque en ella pule los intentos de *Archipiélago de mujeres* al aplicar el método de *Manhattan Transfer* (1925) al contexto de Jalisco. La prueba resulta exitosa: monólogos en diversos planos, rupturas de la secuencia narrativa y polifonía son recursos que, como nunca, domina un autor hispanoamericano. Con el texto, que desde entonces marca la ruta de las letras nacionales, la narrativa de México se modifica, pues el ciclo de la Revolución alcanza su última etapa, y el regionalismo, que reinaba en Hispanoamérica, es renovado.

Este texto ganó el Premio Nacional de Ensayo Universitario Agustín Yáñez 2005, convocado por la revista *Tierra Adentro* y Conaculta.

El siglo XX significó la celebración de los primeros centenarios de independencia en la América hispánica. Los pueblos del continente buscaban una expresión nacional, y sus pensadores, escudriñando en el pasado, pedían la creación de una identidad propia. Las voces de Domingo Faustino Sarmiento, Andrés Bello y José Martí resucitaron y, como sucedió en la narrativa danesa decimonónica, surgieron escritores que describían su terruño. Las tradiciones, el paisaje y las colectividades eran los vehículos de una literatura que se suponía nacionalista. Sin embargo, se trataba de un ejercicio de mero patriotismo; es decir, de afecto y amparo hacia la región natal. Todos estos elementos conformaron el regionalismo.

Yáñez se inscribe en la misma taxonomía. Como en la antigua literatura regionalista, surgida en la Europa romántica, el “Pueblo de mujeres enlutadas” de *Al filo del agua* es la mimesis de una provincia. Con este sitio, el jalisciense creó una realidad literaria muy parecida al Wessex de Thomas Hardy, la Jutlandia de Steen Steensen Blicher y el *Deep South* de William Faulkner. La comparación es sencilla, pero ilustradora, pues estos novelistas, gobernados por el apego a su región, recrearon las tierras donde vivían, manifestando el afecto mediante sentimientos de pertenencia o de extravío, sobre todo, cuando estaban alejados.

Hardy, Faulkner y, en especial, Blicher, son ejemplos de la ideología difundida por Johann Gottfried von Herder en la Alemania prerromántica, la cual exigía que las artes fueran un espejo del carácter nacional al ser construidas a partir de los rasgos tradicionales, hecho que, en su tiempo, se manifestó con vigor en la literatura nórdica. Herder llamó al *volksgeist* y, a través del mismo, demandó la coronación del arte por el espíritu popular. Así, la aldea donde habita Timoteo Limón y las damas del luto perpetuo, la Tierra Santa de Yáñez, abunda en la cultura local, y exploran-



Foto: Archivo del Centro Nacional de Información y Promoción de la Literatura / INBA

do al ser provinciano, representa una región tan vasta como Jutlandia para Blicher o Wessex para Hardy. Este mundo posee un soplo popular que lo hace universal.

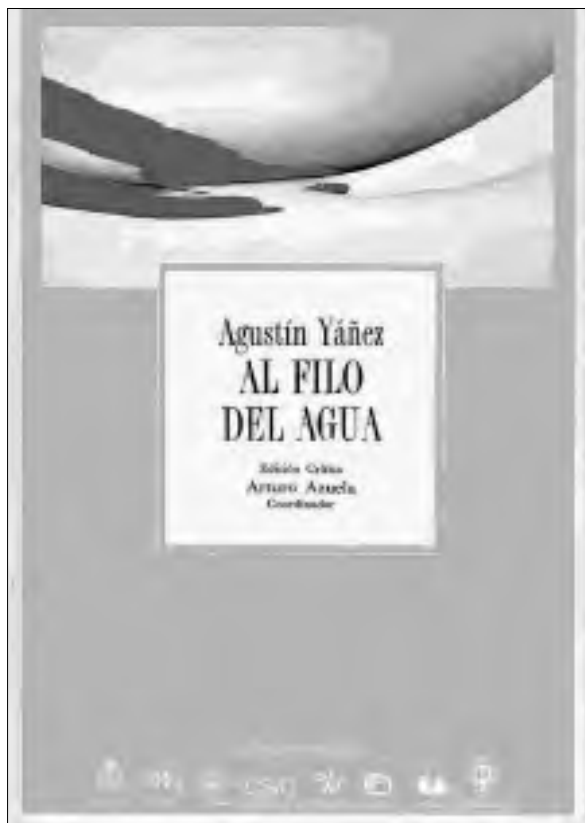
Por *La tierra pródiga* (1960) y *Las tierras flacas* (1962), y también por algunas obras ambientadas en la Ciudad de México (*La creación* [1959] y *Las vueltas del tiempo* [1973]), el regionalismo arraiga en la narrativa de Yáñez. Los tópicos, los personajes y los espacios se identifican con el noreste de Jalisco. La geografía de Yáñez, por la cual guardaba un afecto acaso maternal, se dota de poblaciones como Mezquitán, Nacastillo, Huehuentón, Tenacatita, Barra de Navidad, La Encarnación, Moyahua, Teocaltiche, Guadalajara, Mexxicacán, Yahualica, Nochistlán, Toyahua y en ambientes como el río Purificación, la meseta de los Alacranes y el cerro del Cí-pil. Todas estas villas y relieves, pertenecientes a la Tierra Santa, son el “Pueblo de mujeres enlutadas”, y a su vez, son entidades autónomas.

Por otra parte, el habla de los protagonistas, que surge como enunciación o interioridad, define la sicología de las poblaciones. A través de una lectura de la cultura oral, quedan descritos los seres concretos y las voces abstractas. El repertorio de frases y cuadros de costumbres instituyen el lenguaje local que, por medio del trabajo literario, adquiere un ritmo y tono tales que la palabra y el ideario provincianos conquistan matices lingüísticos sofisticados.

Dice John S. Brushwood que *Al filo del agua* tiene mérito como “expresión de la nación”. Sin embargo, la novela, como todas las del autor de *Genio y figuras de Guadalajara* (1941), no es una manifestación de lo nacional sino un despliegue de lo regional. La literatura de Yáñez es impresionista y recrea la vanidad provinciana. Sus tipos y atmósferas son grandes pinceladas de un pueblo. Su obra no es nacionalista porque, mostrando los matices de la historia social, caracteriza la localidad. Es terruño y no país. A pesar de su valor como exégesis de México, no acoge ninguna clase de nacionalismo ni contiene la misión de una colectividad. Sólo resulta abierta palabra regional que, por su temple universal, es vista como muestra totalizadora de la nación.

Yáñez ha causado transformaciones al esquema original del regionalismo. En el siglo XX, autores como Rómulo Gallegos, José Eustasio Rivera y Ricardo Güiraldes realizaron una literatura con acento en el paisaje y la cultura de las sociedades que lo ocupaban. La *Doña Bárbara* de Gallegos fue una alegoría del choque de la mo-

Foto: agustinyanezd.tripod.com



dermidad y la tradición. En esta novela, como en muchas otras, había un modelo de confrontación entre las sociedades arcaicas y las contemporáneas en el que la naturaleza doblegaba al hombre. Para el novelista mexicano, las fuerzas de la tierra son domesticables, pero, aun cuando el mundo natural de sus obras parece dócil, éste pide la sangre de los seres humanos como si fuera una Coatlicue furiosa, ya que la brutalidad del ambiente permanece oculta en la bravura del animal humano.

Al filo del agua, *La tierra pródiga* y *Las tierras flacas* ilustran esta situación. En la primera, la tierra es el gran edificio humano, donde hombres y mujeres, reprobando lo profano, cohabitan los temores del pecado. “El pueblo de mujeres enlutadas”, doblado ante una moral puritana y una devoción resentida, ve la Revolución, las migraciones y la cultura urbana como emblemas de la modernidad que, derribando los credos, obliga al cambio. En *La tierra pródiga* la costa es un cántaro de riquezas. La belleza y la abundancia brotan por doquier mientras la gente vive aterrada por siete caciques que batallan por bahías y mujeres. El más despiadado se impone y la región sufre mutaciones a través de las máquinas. *Las tierras flacas* son los territorios de la carencia. En ellas hay miseria y resignación. Tras la muerte de Teófila, un viejo hereda una máquina de costura que le dará el control de la zona. El artefacto es símbolo de progreso, industrialización y autoridad. Aquí, la gente se postra ante el



Fotos: Archivo del Centro Nacional de Información y Promoción de la Literatura / INBA

mismo dios del “Pueblo de mujeres enlutadas”. Todo se convierte en un puente con la modernidad.

Estas novelas exhiben la domesticación del ambiente. El paisaje sigue siendo protagonista, pero su poderío no vence la astucia de los hombres. La máquina de la industria y el armatoste humano de carne y hueso doman la naturaleza. El entorno no consume al humano como en *La vorágine*, de José Eustasio Rivera. No obstante, esta literatura, que propone un modelo regionalista inédito, revela una nueva lucha: el hombre es el lobo del hombre, pues su verdugo radica en su propia fiereza.

La poética de Yáñez presenta la batalla entre los seres humanos. La guerra del hombre, producto de la ambición y de una naturaleza autodestructiva, adquiere sus dimensiones en el simbolismo de Coatlicue. La diosa prehispánica reside en las páginas de esta literatura como un ser protector y punitivo, otorgando y despojando vidas, ejerciendo su maternidad y su voracidad. Cada personaje masculino está obsesionado por una mujer quien, a veces, es de carne y hueso o, de pronto, surge como un territorio que promete riqueza y prosperidad.

“Entre mujeres enlutadas pasa la vida —dice una voz en *Al filo del agua*—. Llega la muerte. O el amor. El amor, que es la más extraña, la más extrema forma de morir; la más peligrosa y temida forma de vivir el morir.” Mujeres y amor: los apetitos de la carne son los móviles del hombre. En estas páginas hay hembras don-

dequiera y, como sentencia, el párrafo final del “Acto preparatorio” transita la miseria del amor y, sobre todo, la ruina de los varones por la fascinación femenina.

En los relatos infantiles de *Flor de juegos antiguos* (1942); los juegos poéticos de *Archipiélago de mujeres*; las alegorías de *La tierra pródiga* y *Las tierras flacas*; los dramas juveniles de *La creación* y *Tres cuentos* (1964), y *Las vueltas del tiempo*, donde el Damián Limón de *Al filo del agua* sigue tras los pasos de María, el amor es la sustancia literaria. Siempre se impone una imagen femenina. La soledad de los hombres se convierte en búsqueda. En casi todas las historias hay una utopía femínea que augura fertilidad y redención. Las mujeres son el gran símbolo de esta literatura ya que concentran la estética del autor. Su imagen significa el origen y la fertilidad; personifica la creación y el fin del caos, pero, también, representa el peligro, el sacrificio y, muchas veces, la perdición o la vergüenza. Encarna, entonces, la destrucción. Por un lado, la mujer es pródiga, benefactora y, como la Gaya en las *Teogonías* de Hesiodo, es el umbral del instinto masculino. Por otra parte, es Coatlicue, quien engendra cuatrocientos hijos y, acusada de pecado, los aniquila mediante la furia del último crío que parió.

Los hombres dan tumbos en el camino de sus deseos. El odio a la misantropía los conduce a la sensualidad. Muchos alcanzan su objetivo. La mayoría se pierde sin remedio. Otros dañan a sus cónyuges. Todos, tanto varones como hembras, hacen de tripas corazón. En *Archipiélago de mujeres*, sólo el amor materno de Inés se concreta. En cambio, el resto de las mujeres sufre romances trágicos. Calixto, enamorado de Melibea, enloquece; Oliverio, solitario, llora su vida entera la muerte de Alda; Otelo y Yago riñen contra la demencia por líos amorosos. El intercambio de fatalidades es la suma del desamor. La última cita siempre es aciaga.

De este modo, en *Al filo del agua*, atraído por dos mujeres, Damián Limón pierde todo. Metido en aprietos por María, arquetipo de la mujer liberal y revolucionaria, y Micaela, modelo de belleza formidable que experimenta un odio titánico contra el viejo Timoteo, quien la persigue, Damián comete homicidio contra una de ellas. En la misma novela, un seminarista y un músico caen hechizados por Victoria, hembra mundana que, a los ojos del “Pueblo de mujeres enlutadas”, es una serpiente deslizándose sobre el cuerpo de los hombres para embargarlos en el pecado.



La tierra pródiga y *Las tierras flacas* poseen sus propias dicotomías. En la primera, en una batalla desigual, Ricardo Guerra, predador genuino, rico y autoritario, candidato para las muchachas, se disputa las costas con Sotero Castillo, quien está debilitado por su obsesión hacia una mujer idealizada. Castillo es un paralelismo de Sísifo y su castigo consiste en realizar un amorío utópico con Elena, la mujer del enemigo. Además, debe proteger la dignidad de su hija (Gertrudis) del asedio de su rival. Resguardando a sus mujeres y su tierra, Sotero es aniquilado por su oponente.

Epifanio Trujillo siempre quiso a Teófila. Ella muere y, como herencia, deja una máquina de costura al dueño de *Las tierras flacas*. Marchito, el hombre descubre la imagen de la mujer en el artefacto y esa visión acarrea el final de su vida. Uno de sus hijos, Miguel Arcángel, trae el progreso a la Tierra Santa y pierde el recuerdo de Teófila. El romance irreal del viejo se extingue como la pureza de la tierra.

Amparando la redención, María, Micaela, Elena, Gertrudis y Teófila materializan los impulsos masculinos. Otras mujeres, como Merceditas Toledo y la niña Esperanza, gravitan como anhelos. Unas conducen a la tragedia y la vergüenza. Otras son tragedia y vergüenza. La mayoría tiene aires de luto y agonía. Todas interpretan la región que el hombre codicia, modifica, destruye, viola o seduce. Ésta es la alegoría de Yáñez, la tierra y la mujer como un signo indivisible. En esta semántica, barroca por la amalgama de símbolos y la oralidad aglutinada, se articula la estética del autor.

“Punta Elena, punta Margarita, punta Rosana, punta Catalina, punta Ida, punta María, punta Elisa. Cada una lleva el nombre de alguna mujer —advierte ‘El Amarillo’ en *La tierra pródiga*—. Hubiera querido decir: de alguna ilusión. Soterradas casi todas en deseos que apenas afloraron sin florecer. Sombras casi todas fugitivas de soñados placeres. [...] Nombres, nombres de mujer. [...] Pasajeras de cuya fugacidad quedó el nombre fincado en rocas, en arenas permanentes, desafiando el océano, a la selva y al tiempo.”

La estética de Yáñez se relaciona con Afrodita y Tlazolteotl, diosas del amor, la belleza y el deseo. En la narrativa del mexicano se repite la mujer como el “mal hermoso” de Hesiodo. El arte es la belleza sensual. Como explica Raymond Bayer, se trata de una hermosura femenina que mana de Eros a manera de un ser sombrío. La producción artística se subordina a la sensualidad material. La tierra, las monta-

ñas, las bahías y las mujeres son como las Nereidas y las Oceánidas en la orografía de Poseidón. La mar de los dioses está repleta de belleza sensual. “El pueblo de mujeres enlutadas” y la Tierra Santa desenmascaran rostros de beldad arcaica. Tras el amor, en la espiral de la existencia, las hembras montan la efigie de Eros. Sin embargo, su función erótica no es palpable. Todo está sugerido a través de símbolos. Todo sobresale por los actos de los hombres. El amor, el sacrificio y la ruina son los dictados de la pasión masculina. Los sentidos se satisfacen en sobresaltos de afecto y dolor.

Coatlicue es “la madre de los dioses y de los hombres”, señala Damián Limón en *Las vueltas del tiempo*. La “señora de la vida y de la muerte”. La diosa es la suma estética de Yáñez porque ella produce y destruye. El emblema prehispánico es la mujer-madre-amante, “la historia” y “la tierra”, es decir, el conjunto de soportes para una estética que convierte la literatura en un vehículo de expresión emocional y de alegato social. El regionalismo expresa sensualidad y, también, protesta contra las condiciones humanas.

“El pueblo de mujeres enlutadas” congrega todas las regiones arcaicas. Es síntesis de las tiranías con base en la tradición. La Tierra Santa es el trago amargo del amor y el dolor de estar vivos cuando existe opresión. La región pródiga es la belleza multiplicada, la perdición sensual, el abuso humano y la propagación de los temores. Yáñez denuncia en su obra y, como señala Brushwood, ilustra el triunfo del organismo social sobre el individuo. Su obra es un memorial de la potestad telúrica, de las codicias personales y las transformaciones colectivas, pero, además, es una estética erótica y un diario de la debacle masculina.

A cien años del nacimiento de Agustín Yáñez, indagando en las tradiciones locales y en la estética universal, su literatura todavía sublima el universo de la Tierra Santa. El jalisciense ha ganado su lugar en la historia de la cultura hispanoamericana porque renovó el regionalismo al experimentar atrevidamente con las letras. Su trabajo, concentrado en el organismo social y la feminidad, concreta toda una fábula de la región. Por ello, cada una de sus novelas y cuentos resultan tan abarcadores que aún ocultan numerosas vías de interpretación. Cada texto, además de contener una poética valiosísima, posee valores colectivos e individuales simultáneamente. ♀



El imperio silencioso de Luigi Amara

Christian Barragán



Luigi Amara,
El cazador de grietas
México, Fondo Editorial Tierra Adentro, 1998 (2ª ed., 2004)

En septiembre del año pasado el Fondo Editorial Tierra Adentro presentó la reedición de cinco títulos ganadores, de 1997 a 2001, del Premio Nacional de Poesía Joven Elías Nandino. Las obras: *Cuaderno de Alejandra*, de Sergio Valero; *El cazador de grietas*, de Luigi Amara; *Oficios de temblor*, de Hernán Bravo Varela; *Traslación de dominio*, de María Rivera, y *El aire oscuro*, de Daniel Téllez. Los autores, con excepción de Valero que nació en 1969, son de la misma década, los años de 1970, y la misma ciudad, el Distrito Federal. Sin embargo, no forman una “generación” o grupo con perfiles estéticos comunes. Más allá de las apariencias (el uso de un lenguaje depurado, tenso; de imágenes concretas, golpeantes), cada poemario, cada poeta, es una visión y un decir particular: distinto. Como *El cazador de grietas*, de Luigi Amara (1971), que hoy nos ocupa.

La observación minuciosa y el juego itinerante son las actividades más recurrentes en la obra poética de Amara —además del título mencionado, es autor de *El decir y la mancha* (1993), *Envez* (2003) y *Pasmo* (2003)—. Son, junto a la reflexión sobre la conciencia del lenguaje, el origen y fundamento de la obra misma. Desde su primer libro, *El decir y la mancha* —obra galardonada en 1994 con el Premio Primera Biental Metropolitana de Poesía—, encontramos presente esta tríada, y con ella, la raigambre de su poesía. Así, estamos frente a una obra que ha sido coherente en su desarrollo y ante una voz que, a partir de *El cazador de grietas*, se distingue por su sólida madurez.

El quehacer poético de Luigi Amara, en este volumen, se nutre de la nimiedad, del vacío, del hartazgo; sucede en lo habitual, en la monotonía de las cosas banales, en pequeños pasajes entre el azar y lo grácil. En la errancia solitaria de vislumbrar en lo diario lo nuevo. Aunque para ello es preciso limar, depurar una vez más el escenario; sustraer la pátina del hábito, reinventar la belleza que no resiste el etcétera. Contemplar hasta el fin de la atención, hasta que la insinuación aparezca como un paisaje último y el silencio deje de ser, en el lenguaje, un sedimento olvidado; hasta que éste devenga, a través del poema, en presencia, en luz, en canto.

Son pocos los momentos de *El cazador de grietas* en que se habla de esta búsqueda, la transfiguración del silencio: la aprehensión de lo inasible. Quizás porque más que una preocupación son visos de una conciencia que cuestiona y dialoga el uso del lenguaje en el momento de la creación poética. Quizás, también, porque este conocimiento se torna en guía y no en destino, en ambiente y no en paisaje. Entonces se tiene una atmósfera, un peso, un matiz; un mismo tono que habita en secreto el interior del volumen. Oculto a la lectura fácil y a la mirada miope, se devela sin premura, apaciblemente. El resultado, de tal modo, es una voz consciente de la posibilidad, no sólo de percibir y apreciar, sino de nombrar lo indecible.

En el apartado que cierra —y da nombre al ensayo— *Palabra y Silencio*, Ramón Xirau nos dice: “La esencia de la realidad es la Palabra; la palabra verdadera contiene silencio”, y más adelante: “Solamente porque estamos contruidos, esencialmente, por la Palabra podemos construir, edificar, hablar, decir para acercarnos a la Palabra. Pero ya el término de acercamiento denota una lejanía. Somos palabra y estamos lejos de la palabra; somos palabra y tenemos que ir en busca de ella.” Ésta es la certeza que intuye la conciencia íntima y dirige los versos de Amara. La vibración oculta de sus palabras, el callado latido de su canto:

Una capa de sal, finísima, recubre
la estancia que ha quedado en silencio.
Es la materia blanca de las voces,
los resabios que restan
al secarse los signos;
el misterio palpable del reposo.

Poco sé de este sedimento olvidado.
Pero hoy me tenderé
—como quien nunca ha visto el mar—
sobre esta playa única
hasta alcanzar su sed por un instante. ❶

